

	Rodrigo Payro Bestias y bestiarios Páginas 119-122 En: Bestiarios. Silva de varia invención / Carlos Gómez Carro, coordinador; ilustraciones de Guzo; obra gráfica de Nicolás Amoroso y Maximino Javier. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, 2021. Colección Imágenes del tiempo; 2 http://hdl.handle.net/11191/9695 ISBN 978-607-28-2158-3
---	---

Universidad Autónoma Metropolitana AMM Casa abierta al tiempo Azcapotzalco Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco	CSH División de Ciencias Sociales y Humanidades División de Ciencias Sociales y Humanidades	Humanidades Departamento de Humanidades
---	--	--

	Excepto si se señala otra cosa, la licencia del ítem se describe como Atribución-NoComercial-SinDerivadas https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/
---	--



BESTIAS Y BESTIARIOS

RODRIGO PAYRÓ

I

LAS BESTIAS

El hombre, desde que lo es, ha depositado la suma de todos sus miedos en lo animal y lo salvaje: en la esencia violenta de la naturaleza. El animal más salvaje, por miles de años, fue el tigre, con su simetría perfecta, su mirada cautivante, y su exquisito camuflaje; por más de cien mil años, fue el mayor depredador sobre tierra, sobre todo para los humanos, y aún ahora, es el cazador nocturno más eficaz del planeta. Sin embargo, cuando Mowgli,¹ el cachorro humano que sobrevive, solo y por sí mismo, en la jungla, lo enfrenta y lo mata, y se viste con su piel; libera su naturaleza humana, que es su esencia salvaje. Así ocupa el lugar del tigre, y los aldeanos, lejos de agradecerle, le temen y le aborrecen tanto o más que al tigre, que, en la memoria del instinto, ocupa el lugar del miedo, de la belleza y de la muerte; porque ahora, posee, no sólo la fuerza para matar al asesino, sino, además su piel y su espíritu, es decir, el tigre es y está en él. La bestia humana juega con su presa, la cacería para ella es más estimulante que el hambre, asegurar el alimento es secundario, cuando éste abunda, la esencia ritual es lo que sucede en el espíritu: vivir el estado del poder y de la fuerza, de lo que traducimos en violencia; que es, sin más, el erotismo de la vida como la sublimación de la bestia, donde el logro es la victoria sobre la presa, y más cuando ésta es «el» depredador, es entonces un estado de gracia, donde el poder y las habilidades del otro, al vencerlo, se asimilan. Quien tiene un gato lo sabe –aun si el gato no sabe lo que es (que los hay)– pues no sólo lo cuida, sino lo venera, y aunque éste carezca de cualquier tipo de solvencia moral, siempre enamora desde su desdén y con sus medidos gestos de aprecio

¹ Mowgli es el personaje de *El Libro de la selva*, de Rudyard Kipling; *The Jungle Book*.

o cariño; convivir con la bestia domesticada es la última reminiscencia que subsiste de la vida salvaje, aún para la especie: toda. El residuo agazapado de la propia violencia que, contenida, se transforma en ansiedad y frustración, pero la bestia está allí adentro, a la espera de un tigre que la despierte.

El lobo reina en el bosque, en la pradera y en la estepa, son sus territorios y así lo aúllan, cuando hay luna, y no hay ciervo ni liebre, ni pastor ni oveja que no lo sepa, que no se angustie en la piel, que se eriza al escucharlo, aunque siempre habrá una caperucita que, usándose a sí misma como cebo, busque seducirlo con sus encantos, y así domesticar su ferocidad; o con otra suerte, un santo, que sin saber que el miedo siempre está latente en el corazón de los aldeanos, le llame hermano y lo invite a pasearse por el pueblo, y le ofrezca, sincera, su amistad. El bosque siempre está encantado, quizá poblado de gnomos y elfos, y de toda clase de seres sutiles, que hablan con el viento, acechan y se asoman entre la multitoral presencia de las sombras verdes, y más cuando los días son cortos. Pero, en verdad, sólo son árboles que esperan quietos, nerviosos y enraizados, el hacha asesina de los leñadores. La estepa y la pradera son laberintos de distancias inconmensurables donde, bajo el inmenso cielo azul, sólo son referencia el sol y las estrellas. Es el territorio de la luna, de los vientos incansables, que tienen nombre e intención, de los relámpagos que son la energía que genera a la vida, y de las flores silvestres, sin jardín. Allí galopan libres, caballos, que son fuerza y velocidad, y toros, que son potencia y resistencia; quizá, entre hordas de centauros y minotauros que guerrear en el eco de las estampidas. La pradera está cubierta de pastos de oro y ríos con agua salvaje, habitada por toda clase de roedores, liebres y zorras, que se guardan en sus agujeros; y quizá alguno de éstos llega al país de las maravillas. El oso, con su imponente tamaño y su fuerza incontenible, arrebatara la miel de las abejas; es astuto y caprichoso, juega con lo que encuentra, y luego lo engulle; vive en las cuevas. Quizá cuida que nada entre o salga de allí; las cuevas son sitios secretos que guardan tesoros, como las cosas del inframundo, y los escasos remedios para hechizos de luna o de orquídeas. En el mar, las olas,

las tormentas y las ballenas hunden las embarcaciones que encuentran a la deriva, mientras los tiburones devoran a los marineros. El mar, en el silencio de los muertos, guarda secretos de tritones y de sirenas que cantan cuando el viento afila las rocas, y de medusas gigantes que agitan las olas. El desierto es tierra seca, poblada por espejismos, reptiles, tarántulas e insectos gigantes, donde vive la serpiente que representa quince mil años de argucias, sutilezas, seducción y astucia. La vida es quizá la única intención posible de la inocencia absoluta y brutal que rige en la naturaleza. Y aquí, juntos, son una pequeña muestra de la imagen expandida de su consciencia salvaje, de su fuerza y su violencia natural, de matar o morir, para sobrevivir a cualquier costo.

El deseo natural del hombre como especie es poseer aquello que lo atemoriza, ser o poseer el miedo mismo: el hombre lobo, el minotauro, el centauro, la sirena, el vampiro. Son bestias por su emoción humana, que posee o desea poseer, las características y habilidades de lo salvaje, y que las usa para engendrar poder, no con éstas, sino con el miedo del otro. Poder que le permite una existencia del vacío, donde los sacrificios del otro, el atemorizado, se traducen en atenciones a caprichos y deseos instantáneos de esa existencia, que no permite ni la contemplación, como último reducto de lo que es enteramente humano, y en algún caso con la pretensión del derecho depositado en ella por lo divino, y hasta de la inmortalidad, como *Nosferatu* que además, se alimenta sólo con sangre humana. Sin embargo, la bestia tiene siempre un origen, y es diverso, puede ser una mezcla de deseo y curiosidad científica, como *Frankenstein* y el *Dr. Jekyll and Mr. Hyde*; o son resultado de algún hechizo, es decir, creada por la maldad, el deseo o la codicia del otro. El atemorizado nunca es inocente ni enteramente humano, más bien, siempre es cómplice y creador de la bestia, y con ello, participa de la emoción del ser de ésta. Si cabe la metáfora, es el súbdito que proclama una monarquía, se pone a su servicio y cede su propio poder a cambio de sentir, aunque sólo sea miedo, sentir es el único sentido de lo humano. La bestia, para existir, está revestida de una belleza propia, que es lo que atrae, en especial, a aquellos que le temen.

El sentido de la vida es preservarse, y lo hace a través de la muerte, la muerte es el contacto con lo sagrado, aquello que permite la continuidad de la vida. En nuestra cultura, la idea del hombre ajeno a lo natural, comienza a documentarse en los mitos: en *La Iliada*, Homero expone la confrontación entre la belleza artificial, culta y sofisticada: Héctor, el domador de caballos, sabe ineludiblemente que enfrentará su muerte, como un sacrificio necesario, para preservar su cultura en el tiempo, donde la memoria hace inmortal al héroe que defiende su estancia; combatirá contra el inmortal Aquiles: violento, despreocupado, salvaje, instintivo, capaz de desafiar lo que sea, y además, con la bendición de los dioses; pero con un punto débil oculto y letal. Sin embargo, en su medida humanidad, la bestia contiene honor y compasión, y entrega su trofeo, el cuerpo de Héctor y, además, permite la tregua para los funerales. En ¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?² la bestia, el *replicante*, es un hombre «perfecto», totalmente artificial, ideal, hermoso, fuerte, inteligente, alto, lleno de pasión, ira, coraje, y amor por la vida, es capaz de todo con tal de permanecer un poco más en ella. Aunque quiere sobrevivir a cualquier costo cuando siente que la vida se va, en un acto de compasión sin límites, es capaz de salvar la vida de su propio verdugo. Está dualidad de emociones es lo que hace la diferencia entre lo animal, puro y salvaje, y lo humano en su afán artificioso. La idea de la bestia única evoluciona con la idea de hombre, expone por así decirlo, el miedo, y con éste, la atracción de su contexto. En *Ex-Máquina*, film británico, se especula sobre una sociedad de personas condicionadas a aislarse, tan incapaces de socializar, que la medida del éxito es la dimensión del aislamiento, Ava, es entonces una creatura aislada que estudia, lee y conversa, y desea para sí, ya no la supervivencia sino una vida social común y corriente, conocer personas y relacionarse con ellas. Propone la importancia del género para la interacción: lo femenino, en su pureza es atracción, y por ello, no puede estar aislado. La bestia entonces tiene que destruir a su creador para conseguir la libertad de ser «uno cualquiera». Mientras que, en *La*

bestia, film franco-británico, Danny hace consciencia de sí, de que su sentido es únicamente matar y destruir, pero es capaz de la contradicción de amar, otra vez, sentir es lo que humaniza a la bestia, y es su debilidad, expone el triunfo de lo insensible, en la exaltación de la frialdad del súper yo, cuyo único sentido y propósito es cumplir. Pero la más clásica de todas las bestias, no es el alien ni sus remedos; sino los zombis, muertos vivos que son la exaltación del asco, el racismo, la segregación y todos los demonios sociales imaginados ¿Qué puede ser más terrible, como bestia, que una horda inconsciente e inactiva que sólo se alimenta con el cerebro de aquellos que conservan la conciencia, y que, además, su condición es contagiosa al mínimo contacto de fluidos?

Las palabras gracia y belleza, en el arte tienen distintas connotaciones: la belleza es un valor estético que incluye un acto ético, mientras que la gracia es sólo apariencia “lo bello no es nada sino sólo el principio de lo siniestro, aquello que todavía podemos soportar”.³ La bestia es esa cara de la belleza donde las cualidades salvajes adquieren o contienen ante la hipocresía de lo civil –léase ciudadano–, ese valor ético existencial, donde eso terrible de lo que habla *Rilke* en la elegía primera del Duino, es la bestia, eso medio humano, medio otra cosa, pero que es lo que cierra el círculo y une las emociones de terror y atracción, entre lo profano y lo sagrado, o lo civilizado y lo salvaje. El hombre es eso que siempre está en constante cambio, que vive para la emoción de sentir algo, lo que sea, pero sentir, y sólo cuando no le queda de otra opción: razona.

II

BESTIARIOS

Las colecciones de bestias o bestiarios en el sentido clásico, no son otra cosa que una clasificación, desde la razón

² Es la novela que adapta libremente Ridley Scott para el guion de la película *Blade Runner* de 1982. Philip K. Dick, «Do Androids Dream of Electric Sheep?»; San Francisco, 1968.

³ Cada oración de la primera elegía del Duino es cada día más contundente, quizá por ello es considerada, por los academistas, probablemente el poema más importante escrito en lengua alemana. Rainer Maria Rilke, *Las elegías del Duino*, 1923; (De la primera elegía).

(*aquello que podemos soportar*), del alter ego de las emociones, para entender a través del nombre y la descripción: darle sustancia, forma y cuerpo a lo desconocido, a lo terrible, a lo enteramente vivo; y así acotar, en lo posible, el origen de esa indescifrable emoción, que es una mezcla de miedo y repulsión ante nuestro propio deseo de sometimiento ante la belleza, que es lo que inspira la intención para el desarrollo de nuestras emociones. Esta racionalización práctica funciona como una alternativa a las estancias de la melancolía propias de la visión poética de la realidad percibida desde esa emoción. Son, quizá también, una especie de proverbio o moraleja infinita, pero privada de sentido, para entender, desde la inocencia de la infancia que es pura emoción sin límites ni prejuicios, hasta la consciencia de lo que se es capaz de ser o hacer, y cómo ante ese espejo podemos ver nuestro reflejo sin filtros ni decoraciones, y así con ello, soportar el acoso, la nostalgia y el sacrificio que implica la vida misma. La descripción de las bestias es la descripción tanto de lo que somos, en silencio, como de lo que no podemos ser, por capacidad o represión (*sea propia o ajena*). *Supernaturalia*,⁴ en cambio, como bestiario, además de ser único en su tipo, junto con su complemento titulado simplemente *Bestiario*, describen un imaginario que nadie había catalogado antes; es un ejemplo exquisito de esta dualidad, es una historia de amor (*con emociones no explícitas*), que se oculta en una correspondencia cifrada y estática pero al tiempo fluida y sentida, entre dos seres opuestos que quieren convencerse uno al otro de la razón y la sinrazón, de lo real y lo imaginario, una historia que se desarrolla en una serie de viajes por una geografía tan real y tangible, como fantástica y sobre o supra natural, el viaje de uno son las referencias para el otro que se enfrenta a la contradicción de la existencia, más allá del mito, de aquello que está sin estar en el silencio del miedo a lo sutil. El catálogo es una clasificación impecable, ordenada. Escrito en conciencia para un público inocente y sin prejuicios es un antídoto; la razón para la comprensión; para acercarse a ese mundo sutil: distinto, salvaje, vivo, violento; pero que

incluye, a manera de compasión por parte de la autora, la descripción detallada del talón de Aquiles de todas y cada una de las bestias que describe. *Bestiario*, por otra parte, sutil y sencillo está escrito en verso, quizá para suavizar o hacer algo lúdico de lo áspero o siniestro que puede llegar a ser su contenido, es una incitación al viaje, a la curiosidad a conocer esas dos geografías, que quizá, se tocan en alguna emoción compartida entre dos realidades ajenas aparentemente. Pero haciendo una lectura distinta, y casi obligada, pero oscura, no resulta gratuito que estos y otros bestiarios que describen seres específicos con habilidades características hostiles y terribles, aparezcan, –para explicarnos que siempre hay cosas peores– ante la implacable depredación y destrucción a la naturaleza, y en específico aquí, con un contexto social crispado, inmerso en el miedo y la indignación, donde la violencia ya no se percibe sino como lo más cotidiano, y la mafia y la administración del estado son una sola amalgama, templada, sin piedad y con la absoluta complicidad de todos, para el abuso. Y siempre quedará en el aire esa duda *razonable* ¿Qué es lo siniestro, ellos o nosotros?

4 Norma Muñoz Ledo; «Supernaturalia»; 2012, Ciudad de México, Altea.